

# Ibiza durante el reinado de Felipe IV, 1621-1665. Entre la problemática defensiva y la supervivencia

Antonio ESPINO LÓPEZ

Universidad Autónoma de Barcelona

Recibido: 21 de febrero, 2005

Aceptado: 20 de abril, 2006

## RESUMEN

En el presente artículo nos hemos interesado por una temática relativamente olvidada como es la defensa del Mediterráneo hispano, en este caso, durante el reinado de Felipe IV (1621-1665) y en un enclave concreto: la isla de Ibiza. Tras el peligro representado por el corsarismo norteafricano, que obligó a tomar severas medidas defensivas en el transcurso del siglo XVI, durante el reinado de Felipe IV no sólo no desapareció el tradicional enemigo musulmán, sino que se le sumó, especialmente desde 1635, el no menos tradicional enemigo francés quien, ante la constatación de la mala situación defensiva del enclave y la importancia estratégica del mismo, a partir de la década de 1660 inició una presión bastante considerable sobre el mismo.

**Palabras claves:** Ibiza, siglo XVII, defensa, Francia, Monarquía Hispánica

## ABSTRACT

In this article, we have dealt with a neglected subject: the defence of the Spanish Mediterranean during the reign of Philip IV (1621-1665), focusing on the isle of Ibiza. Through the XVI th Century, some measures of defence were adopted to try to stop the danger represented by the North-African corsairs. Notwithstanding, during the reign of Philip IV, to this traditional muslim enemy, the no less traditional French enemy was added. This French enemy, seeing the bad defences of the place and the strategic importance of Ibiza, started to press over the island from the 1660s onwards.

**Keywords:** Ibiza, XVIIth Century, defence, France, Spanish Monarchy.

La extraordinaria amenaza que siempre significó para el litoral mediterráneo hispano las operaciones del corso turco-berberisco<sup>1</sup>, sobre todo cuando éste se alió con

---

\* ACA: Archivo de la Corona de Aragón.

CA: Consejo de Aragón.

leg.: legajo.

<sup>1</sup> Véase al respecto, R. PANETTA, *Il tramonto della Mezzaluna. Pirati e corsari turchi e barbareschi nel Mare Nostrum. XVII, XVIII e XIX secolo*, Milán, 1984.

la Francia de la época de Francisco I a Enrique II<sup>2</sup>, obligó a la Monarquía Hispánica a desarrollar todo un programa defensivo<sup>3</sup> que en el caso de Ibiza, un enclave de cuya trascendencia en el seno de la estrategia imperial hispánica se sabe muy poco, se tradujo en la construcción en la segunda mitad del siglo XVI de unas murallas abaluartadas al estilo moderno, la Real Fuerza de Ibiza, que debían impedir, de hecho, la captura de toda la isla por el enemigo y transformarla en una base desde la que inquietar con nuevos bríos, dada su cercanía, la costa mediterránea hispana<sup>4</sup>. Pero, como se iba a descubrir pronto, el problema no era sólo asegurar la defensa de Ibiza, sino también la de Formentera. En 1620, el gobernador don Baltasar de Borja argumentaba que la proximidad de Ibiza a Argel obligaba a acabarla de

“poner en perficción y ser la llave maestre de los demás reinos de España y tener mala vecindad con la isla de la Formentera, a donde se abrigan los moros con sus navíos de ordinario como tierra natural dellos, así para adobar sus bageles quando llegan disbaratados..., como también para espalmar, hacer leña y agua toda la que quieren en todos tiempos sin que nadie se lo pueda estorbar como no fuese [que] V. Magdt. se sirviera, lo que importaría mucho, mandar hazer un fuerte pequeño capaz para treinta hombres, y éstos que se mudasen cada mes de aquí, a modo de bonete de clérigo, con cuatro medias culebrinas, fundándole en un puesto llamado la Guardiolá muy fuerte de su naturaleza, que viene a estar a caballero<sup>5</sup> sobre el agua, que se levantaría con mucha brevedad con la chusma de algunas galeras que viniesen este año a invernar...”.

Continuaba el gobernador explicando que si no fuese por aquella comodidad que tenían en Formentera no aparecerían por allá tan a menudo, pues en cuanto salían de Argel la primera etapa para refrescarse era la menor de las Pitiusas y de allí partían hacía la costa de Valencia<sup>6</sup>. Además,

<sup>2</sup> María José RODRÍGUEZ-SALGADO, *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Madrid, 1992, pp. 376 y ss. Ernest BELENGUER CEBRIÀ, “Les Balears en la política exterior dels Reis Catòlics”, en Miquel DEYÀ BAUZÀ (dir.), vol. II, *L'Època Foral i la seva evolució (1230-1715)*, en Ernest BELENGUER CEBRIÀ (dir.), *Història de les Illes Balears, Barcelona*, 2004, pp. 203-209.

<sup>3</sup> La organización defensiva del Mediterráneo, dentro de la organización general de la defensa peninsular, en J. CONTRERAS GAY, “Consideraciones generales sobre la defensa de la Península entre 1580 y 1640”, en: *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórica-militar y sus repercusiones en España. Actas de las V Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 1998, pp. 647-664, esp. pp. 656 y ss. Por cierto que el profesor Contreras, en el caso de la frontera mediterránea, sólo trata los casos de Valencia y Granada, pero no el del reino de Mallorca.

<sup>4</sup> Véanse, I. MACABICH: *Historia de Ibiza*. IV Vols., Palma de Mallorca, 1966-1967. A. CÁMARA: *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*. Madrid, 1998. E. J. POSADAS: *Las murallas de Ibiza*. Ibiza, 1989. B. ESCANDELL, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón*. Tomo III/1. *De la crisis barroca a la planificación ilustrada (siglo XVII)*. Oviedo, 2000.

<sup>5</sup> Es decir, por encima del nivel del mar y, por lo tanto, con ventaja sobre los que pudieran arribar por esta vía.

<sup>6</sup> La política defensiva valenciana, especialmente contra el corsarismo norteafricano, y sus repercusiones, en F. REQUENA AMORAGA, *La defensa de las costas valencianas en la época de los Austrias*, Alicante, 1997, y de forma secundaria en J. CASEY, *El regne de Valencia al segle XVII*, Valencia, 1981. Precisamente, sería la amenaza de otomanos y berberiscos la que obligaría a Felipe II en 1562 a ordenar una primera evaluación de la capacidad humana defensiva del reino de Valencia, preocupándose de que estuviesen convenientemente armados y disciplinados.

“Por ocasión de la expulsión [de los moriscos] [h]ay mucha morisma pláticos de estas costas y por dicha causa y no saber qué hacer en Berbería se aplican en andar en corso, así por la codicia de las muchas presas con que se van enriqueciendo, como por ser españoles que se aficionan a este ejercicio más presto que a otro de más trabajo que promete mayores daños con el discurso del tiempo”<sup>7</sup>.

Estas reveladoras palabras del gobernador De Borja recordaban que no sólo no se habían perfeccionado las defensas del enclave ibicenco, sino que desde Formentera se proyectaban continuos ataques, como decíamos, sobre el litoral peninsular, especialmente el reino de Valencia<sup>8</sup>, y sobre las Baleares. En 1638, el gobernador B. Salelles explicaba que

“Por haver en la isla de Yviça a los puertos y calas donde los enemigos pueden entrar con sus navíos y desembarcar libremente, a más del puerto que está bajo la artillería de la fuerza, y estar la isla de la Formentera despoblada tan cerca donde también, a más del agua y leña los enemigos se valen, tiene puerto y está tan cerca de Argel y tan vecina a la costa del reino de Valencia y en el paso de la navegación de Italia y Francia para el mar océano es certísimo, que es puesto que por muchas causas conviene guardarle y más haviéndole Su Magt. mandádole fortificar tan superiormente y gastado tanto dinero y tenelle tan proveído de artillería, armas y municiones”<sup>9</sup>.

En realidad, la Monarquía Hispánica, a causa de sus sempiternos problemas hacendísticos<sup>10</sup>, apenas si conseguía mantener en la isla su guarnición oficial –280 plazas entre infantería, caballería y compañía de artillería–, y mucho menos conservarla correctamente<sup>11</sup>. La milicia de la isla, por otro lado, tampoco parecía de mucha ayuda<sup>12</sup>. Cabe añadir, además, que el esfuerzo de guerra mallorquín no se dirigió casi nunca a la defensa de Menorca o a la de Ibiza. Fue en el transcurso del

<sup>7</sup> ACA, CA, leg. 1.039, Baltasar de Borja al rey, 6-X-1620.

<sup>8</sup> En Valencia, cinco compañías de caballería pagadas por el reino.

<sup>9</sup> ACA, CA, leg. 1.036, borrador de informe del gobernador Salelles, 1638.

<sup>10</sup> Juan E. GELABERT, *La bolsa del rey. Rey, reino y fisco en Castilla (1598-1648)*, Barcelona, 1997, esp. pp. 270-326.

<sup>11</sup> Se enviaron doscientos soldados de guarnición a Ibiza en 1551, con el comienzo de la última guerra del reinado de Carlos I –cuando el rey de Francia, Enrique II, propuso a sus aliados turcos un ataque conjunto contra Mallorca–, cifra que se incrementó hasta los doscientos setenta hombres –teóricos, creemos– desde 1590 y hasta 1630. I. A. A. THOMPSON, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias (1560-1620)*, Barcelona, 1981, pp. 364-368.

<sup>12</sup> Ibiza contaba con una milicia compuesta por seis compañías, en las que se alistaban los hombres útiles de dieciséis a sesenta años (en 1666), dirigidas por un capitán, elegido por el gobernador, con un salario de veinte libras al año, un alférez y un sargento, designados por el capitán con la aprobación del gobernador, que cobraban quince y diez libras, respectivamente. Los cabos de escuadra, ocho en la compañía de la Villa, cobrarían cinco libras al año. El alférez de la caballería gozaba de un estipendio de quince libras anuales. También se instituyó en 1663 que cada año se gastarían cincuenta ducados en la compra de regalos para repartir entre los mejores tiradores de la isla. Cada domingo, todo el que tuviera arma de fuego debía ejercitarse, procurándosele pólvora, pagada por la *Universitat*, para hacer estos ejercicios militares. M. TORRES, *La llengua catalana a Eivissa al segle XVII*, “*Reials ordinations de la Universitat d’Eivissa*” (1663), Eivissa, 1993, pp. 486-489. I. MACABICH, *Historia de Ibiza*, Palma, 1966, vol. I, p. 211.

siglo XVII, sobre todo, cuando la Monarquía Hispánica comenzó un proceso claro de detracción de hombres y numerario del reino de Mallorca. Gracias a un informe de 1663 tenemos una clara relación de las contribuciones realizadas por Mallorca desde 1617. La suma total, según el informe, es de 14.162 soldados (para nosotros de 13.953) con los que había servido el Reino. Según M.A. Casanovas, entre los años 1610 y 1647 se realizan en Mallorca treinta y tres levadas integradas por unos 15.000 hombres, mientras que entre 1638 y 1653 hubo de pagar el Reino 72.000 libras (504.000 reales), básicamente para mantener los ejércitos reales que luchaban en Cataluña<sup>13</sup>.

Ahora bien la plaza de Ibiza, a diferencia de las restantes del Mediterráneo hispano, destacaba por su potencia artillera: cincuenta y cuatro piezas, buena parte de las cuales eran de bronce. Por ejemplo, sólo a fines del siglo XVII se llegó a contar con 175 piezas artilleras en la isla de Mallorca, pero con un muy escaso número de las mismas de bronce<sup>14</sup>.

CUADRO 1. LA GUARNICIÓN DE IBIZA A LO LARGO DEL SIGLO XVII<sup>15</sup>

Año	Infantería	Caballería	Artilleros	Nº Cañones	Milicia
1632	102	19	21	54	1.349 hombres
1636	100	30			1.600 hombres
1637	107	28	29	54	
1638	80				1.400 hombres
1641	160	48	29		
1646	130	45			1.666 hombres
1648	100	30		53	
1653	200				
1659	104			77*	
1666	190	70	25	47	2.412 hombres

Fuente: ACA, CA, Legs. 1.030-1.048. AGS, GA, Legs. 2.136, 2.376 y 2.411. Elaboración propia.

\* Cañones en servicio en toda la isla, las anteriores cifras se refieren a la artillería de la Real Fuerza.

<sup>13</sup> ACA, CA, Leg. 990, 24-VII-1668, resolución del *Gran i General Consell*. M.A. CASASNOVAS, *Historia de les Illes Balears*, Palma, 1998, pp. 252-254.

<sup>14</sup> Según F. Weyler, entre 1633 y 1686 se fabricaron en la isla hasta sesenta piezas. Véase F. WEYLER, *Historia orgánica de las fuerzas militares de Mallorca*, p. 131.

<sup>15</sup> J. Contreras, a partir de datos extraídos del Archivo General de Simancas, sección Guerra y Marina, nos ofrece un panorama muy distinto de la guarnición ibicenca, aunque el propio autor, excelente historiador, nos previene que estos datos pueden hacer referencia a las tropas que teóricamente debían servir, en este caso, en Ibiza. Así, para 1622 debía haber 271 hombres, y para 1633 250. Efectivamente, son las tropas teóricas de la guarnición ibicenca. Como vemos en el cuadro 1, las cifras aportadas por los diversos gobernadores parecen más fiables. Véase, J. CONTRERAS GAY, "Consideraciones generales sobre la defensa de la Península entre 1580 y 1640", en: *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórica-militar y sus repercusiones en España*. *Actas de las V Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 1998, pp. 647-664, esp. pp. 662-663.

Tanto de Mallorca como de Menorca se reclamó a la Monarquía preferencia a la hora de perfeccionar sus propias defensas, puesto que las de Ibiza se daban por acabadas. Pero la plena totalidad de los gobernadores de la Ibiza de la primera mitad del Seiscientos sabían que sin los suministros suficientes, tanto de boca como de guerra, en caso de sitio no podrían mantenerse mucho tiempo. Una reflexión que el Consejo de Aragón hizo suya, por ejemplo, en 1645 cuando argumentó ante Felipe IV:

“Esta Real Fuerça, Señor, es de las de mayor importancia del Reyno de Mallorca para la seguridad del, assí por ser la más desabrigada y expuesta al peligro de invasiones de Turcos y otros enemigos de la Real Corona, como por estar situada en paraje donde asegura la navegacion desde el reyno de Mallorca al de Valencia, porque si por ella [no] fuera aquel puesto [sería] çelada y receptáculo de moros y otros enemigos, que totalmente impedirían la navegacion”.

Por todo ello, el Consejo de Aragón era de la opinión que en la Real Fuerza debía haber suministros y pertrechos de guerra para un año para poder afrontar un sitio, recomendando el envío del trigo requerido en cada momento y algún dinero para la gente de guerra<sup>16</sup>.

Otro motivo de preocupación era la falta de barcos que había en Ibiza, apenas tres en 1638, cuando se proponía aumentar dicha cantidad a seis u ocho, como ya había planeado el gobernador Castellví (en activo de 1624 a 1637), e impedir de esa manera que los enemigos desembarcasen impunemente en Formentera y se acercasen a Ibiza. Pues, desde luego, las guardas que se dejaban en la menor de las Pitiusas nunca se pensó que pudiesen frenar un desembarco, sino sólo informar de la presencia de enemigos.

En cualquier caso, todas las manifestaciones conducentes a la petición de más ayuda para la defensa de Ibiza subieron de tono cuando a la tradicional amenaza turco-berberisca se le sumaron las de los rebeldes de las Provincias Unidas, Inglaterra y, sobre todo, las de Francia, enemiga tradicional. Como bien dice B. Alonso Acero,

“La acción de este corso turco-berberisco no puede entenderse desligada de aquellas otras operaciones llevadas a cabo por algunas potencias europeas que, progresivamente, van desplazando su radio de acción de las aguas del Atlántico norte hacia las costas atlánticas africanas: Inglaterra, Francia y las Provincias Unidas”

a fines del siglo XVI<sup>17</sup>. Sólo cabría añadir, y es el objeto de este trabajo, la presencia de estos últimos enemigos de la Monarquía en el propio Mediterráneo ya desde inicios del siglo XVII<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> ACA, CA, leg. 1.037, consultas del C.A, 5-9-IX-1645.

<sup>17</sup> B. ALONSO ACERO, “El norte de África en la pugna hispano-turca tras Lepanto: Orán y Mazalquivir”, en: *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórica-militar y sus repercusiones en España. Actas de las V Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 1998, pp. 581-597, cita en p. 592.

<sup>18</sup> Véase B. J. GARCÍA GARCÍA, *La Pax Hispanica: política exterior del duque de Lerma*, Lovaina, 1996 y “La ‘Guarda del Estrecho’ durante el reinado de Felipe III”, en *Actas del II Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar* (Ceuta, 1990), Madrid, 1005, vol. IV, pp. 247-258.

A partir de 1621<sup>19</sup>, con el final de la Tregua de los Doce Años, la actividad bélica de los holandeses en el Mediterráneo<sup>20</sup> podría incrementarse, como de hecho ocurrió. En junio de dicho año el Consejo de Aragón se hacía eco del aviso que tuvo Felipe IV de que los holandeses deseaban enviar una armada de treinta navíos a apoderarse de la isla de Ibiza, pues sabiendo que ésta tenía artillería, pero estaba casi toda descabalgada, y en la isla apenas si había municiones, podían construir algunas defensas y hacerse fuertes con la ayuda de los corsarios argelinos; por otro lado, no se podía descartar que tuviesen alguna inteligencia en la isla, de modo que se le pedía al gobernador que estuviese con la máxima alerta, reconociendo todos los bajeles que llegasen y embargando los de los holandeses<sup>21</sup>. Pero la alarma quedó, de momento, en nada. Dicha circunstancia se repitió en el verano de 1629, obligando al gobernador de Ibiza, don Juan de Castellví, a emplearse a fondo en su tarea defensiva. Con todo, en 1633 y 1634 se recrudecieron las noticias negativas. En junio de 1633 el gobernador interino Barceló recibió noticias de la confederación entre argelinos, franceses y holandeses, de modo que procedió a poner la isla en situación de buena defensa, cuando, además, por aquellos días hasta veinte navíos argelinos habían fondeado en Formentera y, posteriormente, persiguieron en aguas de la isla de Tagomago a dos naves que venían con trigo desde Mallorca, defendiéndose ambas y matando a algunos musulmanes. Dos cautivos cristianos liberados habían señalado, además, que eran sesenta las naves corsarias argelinas que operaban aquel año, noticia que llevó al Consejo de Aragón a demandar a Felipe IV el envío de las galeras de España, que se hallaban en la costa catalana, a limpiar aquellas aguas<sup>22</sup>.

<sup>19</sup> Sobre el reinado de Felipe IV en sus aspectos políticos son indispensables A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Política y hacienda de Felipe IV*, Madrid, 1960; J. H. ELLIOTT, "Introspección colectiva y decadencia en España a principios del siglo XVII", en J. H. ELLIOTT (ed.), *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, 1982, pp. 198-223; *Idem*, *Richelieu y Olivares*, Barcelona, 1983. *Idem*, *El Conde-Duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona, 1990; *Idem*, *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640)*, Madrid, 1978; J. H. ELLIOTT, R. VILLARI, A.M. HESPANHA *et alii*: *1640: la Monarquía Hispánica en crisis*, Barcelona, 1992; J.H. ELLIOTT y A. GARCÍA SANZ (coords.), *La España del Conde Duque de Olivares*, Valladolid, 1990; E. SERRA, X. TORRES *et alii*, *La revolució catalana de 1640*, Barcelona, 1991; F. TOMÁS VALIENTE *et al.*, *La España de Felipe IV. El gobierno de la monarquía, la crisis de 1640 y el fracaso de la hegemonía europea. Historia de España*, tomo XXV, de R. MENÉNDEZ PIDAL y J.M. JOVER (dir.), Madrid, 1982; R. STRADLING, *Felipe IV y el gobierno de España, (1621-1665)*, Madrid, 1989 y *España y el declive de la estructura imperial española (1580-1720)*, Madrid, 1983.

<sup>20</sup> Las acciones neerlandesas en Oriente durante la Tregua de los Doce Años (1609-1621) hicieron que en 1616 Felipe III se decidiera por enviar una flota de socorro a las Filipinas que estuvo compuesta por ocho galeones, dos carabelas y un patache, con 600 hombres de dotación, que debían servir forzosamente, y 166 piezas artilleras, que transportaría el tercio de Pedro Esteban de Avila compuesto por 1.393 plazas repartidas en quince compañías. En enero de 1617 salía efectivamente dicha armada de Sanlúcar de Barrameda, "tan lucida, proveída y pertrechada y municionada, sólo ha faltado el dinero para la paga de la gente", dirá el presidente de la Casa de la Contratación de Sevilla. Quizá a éstos no les importó que, en lugar de ir al Lejano Oriente, llegase una contraorden para patrullar el Estrecho de Gibraltar, en vista de la posible presencia de una flota holandesa que llevaba tropas a Venecia. Una vez superada aquella emergencia, Felipe III dio órdenes para que parte de las tropas preparadas marchasen a Nueva España y, desde allí, a Filipinas en el Galeón. Las tropas de Avila fueron a reforzar el Ejército de Milán. F. NESTARES y M<sup>a</sup> JOSÉ NESTARES, "Las armadas de socorro a Filipinas y el Estrecho de Gibraltar, 1616-1619", en VV. AA., *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España*, Sevilla, 1997, pp. 617-628.

<sup>21</sup> ACA, CA, leg. 1.040, consulta del C.A., 7-VI-1621.

<sup>22</sup> ACA, CA, leg. 1.036, consulta del C.A., 16-VII-1633.

A fines de enero de 1634 llegaron varios mercantes ingleses y genoveses a Ibiza informando al gobernador de cómo habían pasado el estrecho de Gibraltar hasta setenta naves holandesas, mientras otras tantas esperaban para hacer lo mismo, estando los reinos de Murcia y Valencia en armas. El gobernador Castellví, que había regresado de su permiso y reincorporado a su puesto, envió varios hombres a Formentera para avisar en caso de descubrir la armada enemiga, mientras doblaba las guardias en la Real Fuerza y realizaba un recuento de la milicia de la tierra habiendo apenas mil quinientos hombres, cuando para la buena defensa de una plaza de aquel perímetro, además de las salidas que se podrían hacer en aquellos casos, se necesitaban como mínimo tres mil hombres. También se estaban encabalgando en sus cureñas y ruedas nuevas la artillería de la plaza, señalando la necesidad del envío de doscientos quintales de pólvora, la misma cantidad de plomo y de cuerda, doscientos arcabuces y cien mosquetes de horquilla. Y el 8 de febrero informaba de cómo varios navíos redondos habían doblado el cabo de la Mola en Formentera, tomando tierra, resolviéndose enviar de noche una barca para hacer prisioneros, y a sí se hizo trayendo cuatro cautivos cristianos, dos marseleses y otros dos de la costa de Provenza, informando que hasta veinte naves habían salido de Argel el día 4 de febrero lideradas por el arráez Rabaco, que había sido esclavo del rey en el presidio de Mahón y quien había saqueado la isla de Lanzarote. Más tarde se escapó un quinto cautivo, genovés, y todos afirmaron que los bajeles iban de corso, sin ánimo de juntarse a una escuadra de rebeldes holandeses, como les preguntó el gobernador. Aquella misma jornada la flota argelina se marchó<sup>23</sup>.

## 1. LA REPARICIÓN DEL VIEJO ENEMIGO FRANCÉS, 1635-1652

Desde el inicio del conflicto entre la Francia de Luis XIII y la Monarquía Hispánica en 1635 uno de los frentes menos conocidos fue el de las acciones marítimas francesas (y neerlandesas e inglesas) en el Mediterráneo<sup>24</sup> y la necesidad, además, de la Monarquía Hispánica, de ceder parte de la Armada del Mar Océano para proteger la flota del tesoro americano<sup>25</sup>. El caso es que la alarma se dio en todos los reinos de la Corona de Aragón y las habituales disposiciones defensivas, preguntando a los virreyes y gobernadores de turno sobre sus necesidades, se produjeron. En el caso de Ibiza, dichas disposiciones se pusieron en marcha el día 26 de julio de 1636, cuando se avistaron sesenta bajeles frente a la bahía de Sant Antoni y la isla Conejera. El gobernador Castellví, ante la posibilidad que fuesen franceses,

---

<sup>23</sup> ACA, CA, leg. 1.036, consulta del C.A., 10-III-1634. ACA, CA, leg. 1.039, consulta del C.A., 14-III-1634.

<sup>24</sup> Sobre el enfrentamiento marítimo franco-hispano en el Mediterráneo entre 1625 y 1650 es muy útil Jan GLETE, *Warfare at Sea, 1500-1650. Maritime conflicts and the transformation of Europe*, Londres, 2000, pp. 180-185.

<sup>25</sup> M<sup>a</sup> José NESTARES, "Las consecuencias de la utilización de la armada de la carrera de indias para operaciones bélicas en el Mediterráneo: el retraso de la flota de Tierra Firme en 1640", en VV. AA., *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España*, Sevilla, 1997, pp. 629-646.



pues se conocía la existencia de una armada del país vecino que procedente de los puertos galos del Atlántico navegaba para encontrarse con la flota del Mediterráneo en Marsella o Tolón, dio orden inmediata de transportar a la Real Fuerza todos los bastimentos que se pudiera y de recogerse en ella todo el mundo, doblando las guardias y poniendo la artillería en orden. Pero al día siguiente las velas desaparecieron y con ellas el peligro<sup>26</sup>.

Más problemáticas aún fueron las noticias llegadas en 1638. En carta del 19 de noviembre Felipe IV avisaba a los virreyes de Valencia y Mallorca y a sus gobernadores de Menorca e Ibiza de los designios de los franceses de operar aquel año en aguas del Mediterráneo con su armada, especialmente en Ibiza y Formentera, para interrumpir las comunicaciones con Italia, sobre todo tras conocer el estado en que se hallaban las islas hispanas del Mediterráneo. De tal carta se hicieron eco los jurados de Ibiza y ante la posibilidad de producirse un sitio prolongado y ante la entrada de buena parte de la población en la Real Fuerza, se necesitaban armas y municiones en abundancia para que todos pudieran defenderla, porque

“en lo demás como a tan fieles vasallos de V. Magd. nos ofresemos con las vidas a defender esta Real Fuerça, la qual nuestros passados tan acosta de sus vidas y sangre conquistaron y nosotros tantos años la hemos conservado al Real Servicio de V. Magd. y la conservaremos infinitamente”<sup>27</sup>.

Ante tales noticias, el gobernador Salelles pasó a informar a Felipe IV de la situación de las Pitiusas: Formentera contaba con todos los materiales necesarios para fortificarse, como eran cal, piedra y madera, pero casi no tenía agua dulce, salvo en la isla de Espalmador, donde había agua muy abundante y lugar que podía recibir hasta cincuenta galeras, de hecho era donde iban los corsarios a hacer agua, leña y descansar;

“...aquí pocos años ha estaba dispuesto por V. Magd. que se hiciese un fuerte pequeño con obra de 20 soldados para su defensa, que era lo que bastaba, y no sé la causa porque se ha dexado, que hubiera sido de mucha importancia y no costara diez mil ducados, y podría ser que aquí tuviese desi[g]nio el francés de fortificarse...”.

Respecto a la posibilidad de un sitio en regla de la Real Fuerza, Salelles opinaba que podrían escapar con bien, por muy grande armada que trajesen los franceses, pues

“la fortificación es muy buena, toda de cal y canto y muy fuerte, y aunque en algunos lienzos de la muralla le faltan los parapetos, no es mucho inconveniente, y la defenderemos hasta morir todos, porque los naturales son honrados y valientes y fidelísimos vasallos de V. Magd. y se precian de haberla conquistado y conservado siempre...”.

<sup>26</sup> ACA, CA, leg. 1.036, consulta del C.A., 9-VIII-1636.

<sup>27</sup> ACA, CA, leg. 1.036, jurados de Ibiza al rey, 2-XII-1638.



Otro tema eran los refuerzos necesarios, pues la guarnición de infantería había bajado a menos de ochenta plazas, necesitándose de forma urgente cien hombres —el Consejo de Aragón preveía que desde Valencia (donde quedaron cuarenta hombres pendientes de enviar a la isla), Mallorca y Cataluña se enviarían los cien soldados que se necesitaban en Ibiza—; la milicia de la tierra estaba conformada por mil cuatrocientos hombres, faltándoles cuatrocientos arcabuces y ciento cincuenta mosquetes para que estuvieran todos armados. Los franceses, según había trascendido, pensaban que en la isla sólo había cuatro mil habitantes, cuando Salelles aseguraba que la habitaban nueve mil personas, que se recogerían en la Real Fuerza, necesitándose mucho más trigo del que había —como tantas veces se lo habían representado al rey sus predecesores—, si bien aquel año la cosecha había sido mediana y los jurados pudieron lograr más bastimentos de lo habitual, no habiendo peligro al respecto. En cuanto a la artillería, Salelles estaba satisfecho: “La artillería está muy bien puesta, que en ninguna plaça puede estar mejor, con mucho concierto con cajas y ruedas para poder mudar con sus aparejos necesarios”.

El capitán Salelles fue introduciendo en la Real Fuerza todos los bastimentos que pudo, para evitar dejar al enemigo comida en la parte foránea, y comenzó a construir algunas explanadas de piedra para la artillería en los baluartes donde no las había, trabajando por escuadras todos los habitantes de la isla sin ningún problema. En realidad, a lo largo de 1638 Salelles realizó algunas obras de mejora en las fortificaciones ibicencas, las “de más y mayor importancia que se han hecho allí de algunos años a esta parte”, en juicio del Consejo de Aragón, pero se encontró con que no había nadie que supiese interpretar sus órdenes en estos menesteres, ni los artilleros sabían confeccionar artificios de fuego, por lo que reclamó al virrey de Mallorca un maestro cantero y un ingeniero para tratar de estos asuntos y mejorar, pues, la defensa de la plaza<sup>28</sup>.

En los meses siguientes, los preparativos para mejorar las defensas de Ibiza fueron constantes. El virrey de Cataluña, conde de Santa Coloma, tenía aprestadas casi todas las armas y municiones pedidas para Ibiza y Mallorca, pero no se atrevía a enviarlas por temer que cayesen en manos de los franceses, que infestaban aquellas aguas, de manera que rogaba el envío de las galeras de Génova o de España para poder transportar las municiones y armas<sup>29</sup>. De hecho, en 1639 se hubo de recurrir a unidades de la Armada del Mar Océano para transportar suministros y tropas a Cataluña, dada la potencia de la marina francesa en el Mediterráneo hispano<sup>30</sup>.

A partir de 1640, con la *Revolta catalana*, no se puede decir que se intensificara el riesgo para Ibiza de la armada francesa, pero sí estuvo latente<sup>31</sup>. En 1644, por

<sup>28</sup> ACA, CA, leg. 1.036, consultas del C.A., 20-XII-1638 y 21-I-1639; gobernador de Ibiza al rey, 2-XII-1638.

<sup>29</sup> ACA, CA, leg. 1.036, consulta del C.A., 11-II-1639.

<sup>30</sup> M<sup>º</sup> José NESTARES, “Las consecuencias de la utilización de la armada de la carrera de indias para operaciones bélicas en el Mediterráneo: el retraso de la flota de Tierra Firme en 1640”, en VV. AA., *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España*, Sevilla, 1997, pp. 634 y ss.

<sup>31</sup> Por razones obvias, sus operaciones se centraron en la Guerra de Cataluña. Véase, por ejemplo, el uso que hizo Francia de su armada durante el sitio de Tarragona de 1641 en M. GÜELL, *El setge de Tarragona de 1641*, Tarragona, 2003, esp. pp. 119 y ss.

ejemplo, el Consejo de Aragón comentaba carta del gobernador de Ibiza del día 15 de junio informando de cómo se había presentado en el puerto de Sant Antoni el duque de Tursis con catorce galeras de España a la caza de diez galeras de Francia que habían sido vistas el día 8 en Formentera, donde hacían aguada. El duque había navegado a remo desde Peñíscola a Ibiza por no tener viento favorable, pero para entonces las galeras de Francia, siempre muy recelosas, pues todas las noches ponían vigilancia en las islas situadas en el canal entre Ibiza y Formentera, se habían marchado y todo indicaba que el culpable fue un fraile franciscano de Dunkerque que había ido a Argel a rescatar esclavos flamencos y les dio aviso al pasar con su jabeque por Formentera<sup>32</sup>.

En realidad, y como vamos a ver, la presión francesa se incrementó a partir de 1652.

## 2. LOS AÑOS FINALES DEL REINADO DE FELIPE IV, 1652-1665

Tras el enorme traspíe que, a todos los niveles, significó la peste de 1652 especialmente para la villa de Ibiza<sup>33</sup>, la vigilancia del enclave se debía redoblar. La Monarquía Hispánica reaccionó y en poco tiempo se enviaron, de Valencia y Cataluña, hasta ciento setenta plazas para cubrir las bajas ocasionadas en los últimos años en la guarnición ibicenca. Pero, como era habitual, tales tropas no llegaron acompañadas de los medios necesarios para mantenerse. El gobernador F. Miguel, para presionar a Felipe IV, llegó a demandarle permiso para que soldados y naturales abandonasen la isla para evitar que muriesen, "...pues la desdicha que padecen es tan grande que no hay ponderación con que significarla". El Consejo de Aragón pidió encarecidamente al rey el envío de aquel dinero pues se iban a malograr los soldados que tanto habían costado enviar en tiempo de peste y perder, de hecho, un puesto de la importancia de Ibiza. En primer lugar se acudió al virrey de Valencia, pero éste aseguró que en la caja militar no sólo no había dinero, sino que las muchas deudas acumuladas impedían pedir prestado. El virrey, duque de Montalto, aseguraba haber hecho todo lo posible, pues hasta solicitó a un mercader de Alicante que enviase algo de trigo a Ibiza, donde sus habitantes morían de hambre y se sustentaban de piñones y hierba, pero no quiso hacerlo a menos que se le asegurase que iba a cobrar.

El gobernador Miguel, sin perder el respeto, endureció su tono en una nueva carta al rey señalándole cómo la isla tenía la dotación al completo, habiendo llegado ciento veinte hombres de Valencia y cincuenta remitidos desde Cataluña por don Juan de Austria, pero que todos iban a perecer si no se les asistía con los 132.000 reales que, en tres partes, una de ellas por adelantado —qué ironía debía pensar el

<sup>32</sup> ACA, CA, leg. 1.040, consulta del C.A., 27-VI-1644.

<sup>33</sup> El contagio de 1652 (junio-septiembre) se llevó a 711 personas, sobre un 7% de la población total de Ibiza según los cálculos de Fajarnés Tur, quien situaba la población isleña en 10.250 habitantes en 1652, por lo que la población ibicenca, siguiendo a este último autor, podría haber quedado en 9.539 habitantes. Véase, B. ESCANDELL, *Ibiza y Formentera en la Corona de Aragón...*, Tomo III/1, pp. 337-360.

gobernar cuando escribía esto—, debían cobrar los hombres de una guarnición que, a diferencia de las tropas en campaña, no recibían el pan de munición. Pero, en aquellas circunstancias, cuando faltaba de todo y nada de lo que proveía el rey se pagaba, cualquier enemigo de la Corona, y con poca gente, podía intentar expugnar una plaza que, bien mantenida y defendida, era casi inexpugnable, poniendo en peligro la navegación en la zona y, sobre todo, haciéndose

“dueño absoluto del reino de Valencia que en cuatro horas se pasa a él... y lo que a[h]ora se puede remediar con cuatro costaría si se perdiese millones de dinero y milla<na>res de personas, y las noticias de su estado las tendrá Francia muy ciertas porque cargan aquí navíos ingleses y holandeses sal y se tratan con ellos”.

Volvía el gobernador a pedir que un asentista, como antes se estilaba, se hiciese cargo del envío de las pagas a la guarnición,

“porque hace mal lidiar con el presidente de Hacienda y todo se consume en la solicitud, fletes, seguro y remate de gobernador, sargento mayor, pagador y veedor y los pobres soldados padecen...”.

El Consejo de Aragón llegó a pedir perdón al rey por reclamar tan repetidamente sobre un mismo asunto, pero ya no sólo el gobernador aseguraba que se les debían 176.000 reales y que, aunque fuese por limosna se remitiese algún dinero, sino que el propio virrey de Valencia aseguraba que la situación estaba al límite y ellos sólo podían señalar el enorme peligro de que la plaza pudiese ser tomada por el enemigo<sup>34</sup>.

En septiembre de aquel año, el Consejo de Aragón vio un memorial entregado por el jesuita padre Miguel Messaguer en nombre del gobernador, jurados y particulares de Ibiza, representando cómo debían mantenerse con apenas siete onzas de pan (mezclando el trigo con la cebada) al día (es decir, unos doscientos gramos) por persona para estirar al máximo el grano en existencia. Además, a causa de la guerra entre holandeses e ingleses (la Primera Guerra Anglo-Holandesa, 1652-1654) ya no iban a cargar sal y, por lo tanto, no entraba grano por aquella vía. Y sería lástima perder una isla con tantos puertos capaces de guarecer armadas y fácil de defender, “pues con una galera que se ponga a la boca del puerto se impedirá cualquier socorro que se le quisiera dar”. Aseguraba el Consejo en noviembre que desde aquella primavera más de cincuenta familias habían abandonado la isla con destino a Mallorca, y por entonces, a fines de año, sólo se daban cuatro onzas de pan a cada persona para dilatar al máximo las existencias de trigo hasta ser socorridos<sup>35</sup>.

En la primavera de 1654, debido a las noticias llegadas del aprestamiento en Argel de varias galeotas y hasta cuarenta y dos fragatas para salir en corso, el gober-

<sup>34</sup> ACA, CA, leg. 1.038, consultas del C.A., 17-II y 17-III-1653; virrey de Valencia al rey, 25-II-1653; gobernador de Ibiza al rey, 16-III-1653; consulta del C.A., 26-III-1653; gobernador al rey, 4-IV-1653.

<sup>35</sup> ACA, CA, leg. 1.038, consultas del C.A., 3-IX, 9-X, 10-22-26-XI-1653; virrey de Valencia a don Diego de Sada, consejero del C.A., 22-XII-1653.

nador F. Miguel pidió permiso al rey para que, con el objeto de estimular el corso ibicenco, se les perdonase el quinto real en caso de hacer presa entre los navíos del enemigo, como se había hecho el año anterior con dos corsarios mallorquines. De hecho, en abril de aquel año informaba de cómo se había apresado por sorpresa una tartana francesa en Formentera armada con cuatro pedreros de bronce y dos de hierro, demandando para los hombres de la guarnición que fueron a la busca de los franceses, y que habían "...aventurado sus vidas, pues con un pedrero que dispararan les podrían echar a pique o matar la mayor parte", pues iban en una barca sólo con sus armas, sin artillería, que se les cediese el valor íntegro de la presa sin tener que rendir el quinto real.

En junio aseguraba Felipe IV tener prevenidos ochenta mil reales para Mahón, treinta mil para sus fortificaciones y cuarenta mil para Ibiza. El motivo: la armada de Francia. En agosto, ante las noticias que se aprestaba una armada en Tolón y Marsella, el rey dio órdenes de prevenir Menorca e Ibiza. El gobernador de ésta última aseguraba en carta del 10 de julio que

"en todo el año no se ha remitido un real, cuando por el mes de mayo se habían de haber enviado ocho mil ducados por los dos tercios [de la paga], y que del pasado se dejaron de remitir más de seis mil, que aún pagándoles los sueldos puntualmente no se puede sustentar ni vestir la gente de guerra, y no dándoles pan es imposible vivir, porque de los naturales no tienen alivio alguno respecto de los trabajos que han padecido, y esta es la causa porqué los soldados se hallan sin valor y reputación y tan desdichados que puede fiar poco dellos en las ocasiones [que] se pueden ofrecer".

Felipe IV aseguró que salían hacia Valencia otros treinta y dos mil reales para Ibiza.

A últimos de agosto el virrey de Cerdeña pudo enviar hasta mil quinientos estares de trigo para la guarnición de Ibiza, pidiéndosele otros mil quinientos más y el dinero de la dotación de aquel año, que seguía sin llegar. Con todo, el gobernador estaba muy quejoso de algunos notables ibicencos –citaba a Pere Orbay, Francesc Gigant y Francesc Rosselló–, quienes ponían todas las trabas del mundo en el negocio de la sal. Aseguraba el gobernador que el Real Patrimonio de la isla podía obtener cada año entre 88.000 y 110.000 reales de plata con una buena administración<sup>36</sup>.

Sin duda, a partir de 1654 y en los años siguientes hubo un incremento del peligro marítimo para Ibiza, con el mantenimiento de la guerra contra Francia, el inicio del conflicto contra la Inglaterra de Oliver Cromwell (en 1655)<sup>37</sup> y la siempre pre-

<sup>36</sup> ACA, CA, leg. 1.038, consultas del C.A., 10-II, 17-VI, 14-VIII, 20-X-1654; gobernador al rey, 10-VII-1654. ACA, CA, leg. 1.043, gobernador al rey, 14-IV y 29-IX-1654. ACA, CA, leg. 1.034, consulta del C.A., 27-IV-1654.

<sup>37</sup> Los planes de Cromwell comentados en A. PAGDEN, *Señores de todo el mundo. Ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Barcelona, 1997, p.101. D. ARMITAGE, *The Ideological Origins of the British Empire*, Cambridge, 2000, pp. 136-138. Asimismo, R. VALLADARES, "Inglaterra, Tánger y el 'Estrecho compartido'. Los inicios del asentamiento inglés en el Mediterráneo Occidental durante la guerra hispano-portuguesa (1641-1661)", en *Hispania*, LI/3, n° 179, Madrid, 1991, pp. 965-991.

sente amenaza corsaria norteafricana. Mediante Real Orden del 10 de enero de 1655 había sido informado el gobernador de Ibiza de la ruptura de hostilidades por parte de Inglaterra, de modo que se le ordenaba poner la isla en estado de su mejor defensa. El gobernador respondió a inicios de marzo explicando que Ibiza se hallaba “tan bexada de moros que en el verano muchos que vienen en fragatillas de remos desembarcan muchas noches y llebarse algunos de los naturales...”, previniendo en lo posible a los vecinos, y de cara a un posible ataque inglés, “he puesto atalayas en el monte más alto y en la Formentera para que en descubriendo qualquier género de bajeles den aviso para que la gente de toda la isla, de que hay compañías formadas, impidan los desembarcos...”. El gobernador Miguel aseguraba que la Real Fuerza era lo suficientemente poderosa como para no temer un sitio, pero el enemigo podía desembarcar en muchas partes, de modo que, asegurando la plaza, él saldría con la gente de guerra que pudiera y las compañías de la tierra para estorbar el ataque a la campiña y los caseríos ibicencos. Como siempre, el problema era que la plaza atesoraba trigo para tan sólo quince días, pidiendo a Alicante quinientas fanegas para aguantar hasta la cosecha, de lo contrario se reduciría la ración a ocho onzas por persona y día.

De la guarnición sólo estaban en condiciones de servir de manera efectiva cuarenta y cuatro soldados,

“estando los demás enfermos de hambre y en carnes vivas porque hace dos años que no se envía un real y no dándose pan de munición y siendo la tierra la más miserable que tenga el Orbe se puede considerar quan mal lo passan; está falta de municiones y aunque en los quatro años que asisto en este gobierno las he solicitado por repetidas cartas y V. M. servídosse mandar se remitieran no se ha executado...”.

A inicios de junio de 1655 escribía el gobernador cómo tres galeotas de Argel y diversas fragatas habían rondado aquellas aguas durante doce días, habiendo muerto en las últimas dos semanas dos soldados de hambre, siguiéndoles otros, pues hacía más de veinte meses que no cobraban nada. Y en octubre y aún en diciembre el Consejo de Aragón volvió a insistir en el mismo asunto pues nada se había remediado. El rey se limitó a decir que pensaba proveer puestos –también Mahón– tan importantes.

En septiembre de 1655, el gobernador Francisco Miguel, asegurando no haber trigo sino para dos meses en toda la isla, ya daba casi por perdido el envío de grano desde Cerdeña; para colmo de males, intentó que se compraran mil cuarteras en Mallorca y, mientras se efectuaba el negocio, el precio se dobló; también en Valencia era muy caro el grano. Reiteraba, pues, la petición de que el virrey de Cerdeña, conde de Lemos, cumpliera y enviara el trigo. Por suerte, en Mallorca hicieron una presa que llevaba grano y el virrey se desprendió de cuatrocientas cincuenta cuarteras para Ibiza.

Pero en febrero de 1656 aún no se había remitido nada a ninguna de las dos plazas, por ello el Consejo, en nueva consulta, no dudó en citar las palabras del rey, cosa que no se hacía casi nunca, para espolearle a que cumpliera con lo prometido. Felipe IV aseguró que del dinero secuestrado a los ingleses en Valencia (cien mil

reales), enviaría veinte mil a Ibiza y el resto a Mahón. Pero no se hizo así, y en diciembre de 1656 el Consejo aseguraba que a Ibiza sólo llegaron en aquellos tres años apenas treinta y tres mil reales de un bajel de moros que naufragó en Valencia. El gobernador pedía el envío urgente de medios para dar de comer a su gente<sup>38</sup> y los suministros y refuerzos necesarios para resistir cualquier armada del enemigo, pues los ingleses conocían muy bien la situación de la isla al comerciar con su sal con regularidad<sup>39</sup>.

Sólo a partir de junio de 1656 comenzó a reaccionar Felipe IV, ordenando a su virrey en Valencia, duque de Montalto, que en caso de recibir aviso de ayuda desde Ibiza por ataque de la armada inglesa remitiese todos los hombres que pudiera. El virrey veía imposible hacer una leva de gente en el Reino, por los muchos servicios que hacía, y para Ibiza, además, teniendo como margen de tiempo el avistamiento de la armada enemiga en el Estrecho de Gibraltar. Por ello señalaba que lo mejor era que el rey remitiese ya dinero y empezar las diligencias, la manera más segura de quitarse de encima el problema, pues la Real Hacienda en Valencia no tenía fondos para pagar nada. El rey prometió enviar dinero... El caso es que en enero de 1657 el virrey de Valencia no había recibido numerario y proponía enviar los delincuentes que pudiera a la isla. El Consejo de Aragón contestó asegurando que las órdenes reales fueron que todos los virreyes de los reinos de la Corona de Aragón enviasen lo que pudieren a Ibiza<sup>40</sup>. Se demostró que no podían.

El gobernador F. Miguel murió en Ibiza en 1657. Fue sustituido por el maestre de campo Bernardino Andreu, como gobernador interino, desde septiembre de dicho año y hasta el verano de 1658. Bernardino Andreu informará que desde el 20 de abril y hasta el primero de mayo habían pasado por Formentera nueve navíos de ingleses de guerra para hacer aguada y leña, enviando él unos cuantos soldados a estorbarles aquella operación, asegurando que se le habían matado al contrario algunos, herido a bastantes y tomado algunas armas. Con todo, el general inglés le envió una carta donde ofrecía trocar cuatro valencianos que habían capturado en las playas de su tierra y doce napolitanos que atraparon en una saetía a cambio de los cuatro ingleses que desde 1657 estaban presos en la Real Fuerza. B. Andreu estuvo de acuerdo. Añadía el general inglés su irritación por los excesos del corso mallorquín<sup>41</sup>, que no respetaba a los prisioneros ingleses, asegurando que no les darían cuartel si el rey de España no encauzaba aquello. Se decía que los ingleses esperaban otra Armada hasta formar una fuerza de cuarenta navíos que irían hacia Tolón a encontrarse con la armada francesa, y juntos navegarían hacia Nápoles donde se prevenían cuatro mil “forajidos” para dar un golpe contra el gobierno hispano. Desde luego, para ser un informe de un gobernador interino, o precisamente por

---

<sup>38</sup> ACA, CA, leg. 1.038, consultas del C.A., 26-VIII, 25-X y 22-XII-1655; 26-II-1656, 1-IV-1656 y 20-XII-1656. ACA, CA, leg. 1.037, gobernador de Ibiza al rey, 15-IX y 22-X-1655.

<sup>39</sup> ACA, CA, leg. 1.038, memorial de Antonio Tur, teniente de gobernador de la isla, al rey, III-1656.

<sup>40</sup> ACA, CA, leg. 1.038, consultas del C.A., 7 y 20-VI-1656; rey al virrey de Valencia, 5-VI-1656; virrey de Valencia al rey, 12-VI-1656 y 15-I-1657.

<sup>41</sup> G. LÓPEZ NADAL, *El corsarisme mallorquí a la Mediterrània Occidental, 1652-1698. Un comerç forçat*, Palma de Mallorca, 1986.



eso, la información aportada era muy rica. ¿Pero era creíble? En cualquier caso, el Consejo de Aragón se hizo eco de la consulta del de Guerra por la que se le envió orden al virrey de Mallorca de dar buen tratamiento a los prisioneros ingleses traídos por el corso, pues hasta entonces eran llevados a galeras, una vez iniciados aquellos contactos e intercambios de prisioneros<sup>42</sup>.

Entre 1658 y 1661 el gobernador interino de Ibiza fue el sargento mayor Jacinto Ferrán quien, tras el final de la guerra contra Francia e Inglaterra en 1659, se hubo de enfrentar con mayor intensidad al corso norteafricano. A causa de la presencia continua de fragatas y galeotas de Argel, en diciembre de 1658 cinco navíos argelinos se acercaron y desembarcaron para hacer aguada y recoger leña, tres en la isla de Tagomago y dos en Formentera; el gobernador dispuso sus fuerzas y atacaron a los desembarcados en Tagomago, trayendo veintiocho prisioneros, pero en Formentera quedaron muchos y los veinte soldados y naturales de la isla que fueron a allá no se atrevieron a investirles. El gobernador Ferrán aprovechó estas noticias para demandar al rey lo de siempre: dinero, municiones, vituallas para una plaza en continuo peligro<sup>43</sup>. Un informe más completo hubo de esperar a mayo de 1659, señalando J. Ferrán cómo a mediados de aquel mes hasta veinte bajeles enemigos rodearon la isla y al día siguiente una nave mallorquina que iba a Alicante hubo de retroceder a aquel puerto perseguida de cuatro de moros, fragatas de Argel. Para Ferrán las galeotas argelinas llegarían también pronto y ellos se hallaban en muy mala disposición, con 28.000 reales de la paga concedidos hacía dos años y que no llegaban, y los soldados desnudos y muertos de hambre, pues no se les daba allá ni el pan de munición. El Consejo de Aragón pidió al rey una vez más el dinero y el envío de tropas para una plaza tan desprotegida, reclamándolas a los virreyes de Valencia y Cataluña, pero con la advertencia siguiente: “Todo será inútil sino se envía con qué poderse sustentar”<sup>44</sup>.

A partir de 1661, y antes de su promoción como virrey de Mallorca, actuó como gobernador de Ibiza don Rodrigo de Borja Llançol quien aseguraba que, cuando juró su cargo el 13 de abril de 1661, sólo quedaban en la isla trescientas cuarteras de trigo y hasta dentro de tres meses no esperaba recibir grano por cuenta de cuatro navíos holandeses que se habían llevado sal, de modo que la situación era muy apurada. El Consejo de Aragón recordó al rey que en la isla no había llovido y se encontraba sin dinero para procurarse trigo; por otro lado, los asentistas Montesinos no estaban cumpliendo con el asiento firmado, de manera que la guarnición no cobraba con regularidad, pidiendo el envío de trigo urgente a cuenta de sus pagas. Y para colmo de males, el 27 de mayo aparecieron a tiro de cañón de la plaza tres galeras de moros con tres lanchas para poder hacer un desembarco, yéndose hacia Formentera, temiendo el gobernador que supieran algo de la falta de granos con la que se hallaban, pues por entonces amasaban el pan con un tercio de cebada y, con todo,

---

<sup>42</sup> ACA, CA, leg. 1.033, Bernardino Andreu, gobernador interino, al rey 2-V-1658; consulta del 22-V-1658.

<sup>43</sup> ACA, CA, leg. 1.038, consulta del C.A., 12-IX-1658; gobernador de Ibiza, J. Ferrán, al rey, 30-IX-1658; consulta del C.A., 19-II-1659.

<sup>44</sup> ACA, CA, leg. 1.037, consulta del C.A., 6-IX-1659.



sólo había grano par otros quince días. Como desde Valencia su virrey había asegurado que no podía enviar ayuda alguna, los consejeros del de Aragón reiteraron encarecidamente a Felipe IV el envío de medios a Ibiza. Sólo ante un nuevo requerimiento del Consejo de mediados de agosto el rey pudo decirles que el asentista Piquinoti había ajustado ya asiento para aquel año para los presidios de Peñíscola, Mahón e Ibiza por valor de 276.080 reales y que próximamente enviaría el dinero a los pagadores de cada uno de dichos presidios<sup>45</sup>.

El gobernador de Ibiza, ante el aviso llegado de la corte en el sentido de que se previniese al máximo la isla, como posición que debía defender la ruta hacia Italia, ante las noticias que se habían tenido últimamente de una posible armada inglesa en el Mediterráneo<sup>46</sup>, sólo pudo decir

“que esta isla toda es puertos y que no es posible fortificarlos y guarnecerlos sin inmenso gasto de dinero y grande número de gente que según el presente estado no parece tratable el ponerlo en plática. Lo preciso es guarnicionar la fortificación de esta plaza, guarnecerla a más de los doscientos infantes de la dotación con otros doscientos mientras se reconociere riesgo, y que entre ellos haya algunos reformados a quien se puedan encargar los puestos más importantes y entiendan lo que se les ordene y sepan ejecutarlo; también se necesita de algunas fortificaciones de afuera porque no hay ninguna y los burgos (que llaman la Marina) están abiertos”.

El Consejo de Estado vio la carta del gobernador y reiteró a Felipe IV la necesidad de enviar el dinero de la dotación de la plaza, insistiendo al gobernador que pusiese en buena disposición defensiva la fortaleza y jugase con la milicia de la tierra, pues gastar dinero en nuevas defensas se veía como un imposible<sup>47</sup>.

Antes de que transcurriese mucho tiempo, el rey informó el día 9 de agosto de 1662 que se aprestasen todas sus fortificaciones a oponerse a los designios del enemigo de la mejor forma posible; y en vista de tales noticias, tras mejorar el contacto el virrey de Valencia con Ibiza, contratando un patrón de una saetía para llevar noticias lo más rápido posible, el gobernador respondía que se hallaba terraplenando los baluartes que miraban a la parte de los molinos y trabajando en los parapetos de la muralla, haciendo entrar en la Real Fuerza la tercera parte del grano de la isla y advirtiendo a los vecinos sobre la señal acordada, que significaría que debían introducirse en la misma con sus ganados y vituallas. Se habían enviado guardas a

<sup>45</sup> ACA, CA, leg. 1.037, gobernador de Ibiza, Borja Llançol, al vice-canciller del C.A., 3-V-1661; consultas del C.A., 12-V, 17-VI y 12-VIII-1661; Felipe IV al virrey de Valencia, 22-VI-1661; virrey de Valencia a Felipe IV, 16-VIII-1661.

<sup>46</sup> Informaba el gobernador de Ibiza al protonotario del Consejo de Aragón del paso por Ibiza de la capitana de la armada holandesa, que entonces estaba allá junto con ocho bajeles, a los que se sumaron otros nueve, dividiéndose luego en tres escuadras y contorneando la isla, dando caza a dos navíos de argelinos que se escaparon por ser muy ligeros. Decía el gobernador que se habían abastecido y no tendrían queja del trato. ACA, CA, leg. 1.043, gobernador de Ibiza al protonotario del C.A., 9-XI-1661. Sobre la colaboración hispano-neerlandesa contra el corsarismo argelino de estos años véase, M. HERRERO: *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*. Madrid, 2000, pp. 377 y ss.

<sup>47</sup> ACA, CA, leg. 1.037, gobernador de Ibiza al rey, 18-IX-1661; consulta del Consejo de Estado, 11-X-1661. ACA, CA, leg. 1.038, consulta del C.A., 14-X-1661.

Formentera para que avisaran del avistamiento de navíos; se aderezaban los molinos y las tahonas de la Universidad para que no faltasen al servicio y se hacía acopio de leña, alquitrán y brea. Aseguraba el gobernador que la guarnición estaba compuesta entonces sólo por cien hombres, enviados casi todos por los virreyes de Valencia y Mallorca a purgar sus penas allá, sólo permaneciendo los que se casaban,

“y éstos no saben de guerra más de lo que acá han oído. Los paisanos tienen valor y serán de provecho al ejemplo de soldados veteranos, pero por sí solos se puede esperar poco, y nada para los puestos de afuera...”.

Por ello reclamaba trescientos soldados veteranos como mínimo y su correspondiente dinero para mantenerse, pues en Ibiza no se daba el pan de munición<sup>48</sup>.

Ante las peticiones del gobernador de Ibiza, transmitidas a los Consejos de Estado y Guerra, además del de Aragón, el Consejo de Estado un mes más tarde pidió que el gobernador De Borja explicase la situación y aplicación de las rentas del Real Patrimonio en la isla y recomendaban el envío del material solicitado y del ingeniero. El problema era que el virrey de Valencia informaba del penoso estado de Denia, Alicante y Peñíscola, faltas de todo; por ejemplo en ésta última sólo había de guarnición catorce hombres, sin material ni artillería suficientes. El rey contestó que ya en octubre de 1661 había ordenado que todas las rentas del Real Patrimonio debían ser para la fortificación de Ibiza hasta que hubiera una contra-orden, y también había pedido hacía tiempo la relación de dichas rentas al gobernador, cosa que no había hecho éste (y se le había pedido el 29 de noviembre de 1661, el 11 de enero de 1662 y se le volvió a pedir el 7 de octubre de 1662)<sup>49</sup>.

Tras ser promovido, como dijimos, al cargo de virrey de Mallorca, don Rodrigo de Borja dejó su puesto al maestro de campo, don Isidoro Sanz. En la primavera de 1664, tras la visita de siete navíos de la armada francesa, el gobernador explicaba que el estado de la plaza era muy lamentable por faltar mucha gente desde la época de la peste de 1652,

“...de tal suerte que los días de trabajo no se hallan cincuenta hombres naturales y moradores dentro de la plaza, y de los soldados la mayor parte van a buscar su vida por no poderse sustentar de otra manera menos que ganando algo de su trabajo los que son casados para el sustento de su mujer e hijos”.

El problema surgió debido a la pretensión de los franceses de encontrar en la Real Fuerza un depósito donde dejar los esclavos que estaban consiguiendo en sus correrías en el norte de África, lo cual llenaba de temor al gobernador, pues se estaban paseando impunemente por la plaza y se podían enterar de todos sus detalles defensivos, y de ahí a querer apropiársela sólo había un paso<sup>50</sup>.

<sup>48</sup> ACA, CA, leg. 1.043, gobernador de Ibiza al vice-canciller de Aragón, 26-VIII-1662.

<sup>49</sup> ACA, CA, leg. 1.038, consulta del Consejo de Estado, 24-IX-1662; Felipe IV a los Consejos de Aragón y Estado, 26-IX-1662; protonotario del C. A. al gobernador de Ibiza, 7-X-1662.

<sup>50</sup> ACA, CA, leg. 1.040, gobernador de Ibiza al rey, 24-III y 29-IV-1664.

Poco después señalaba Sanz que la cosecha de aquel año había sido cortísima, faltando cinco mil o seis mil cuarteras de grano, en un año en el que se pedía grano a Mallorca y Cerdeña para el ejército real en Cataluña. Además, el asentista Ventura Donís sólo había enviado a Ibiza trece mil reales, padeciendo mucho la guarnición, cuando, además, el avistamiento continuo de navíos de guerra franceses y holandeses obligaba a los hombres a cumplir muchas jornadas de centinela y estaban agotados y enfermos. El Consejo de Aragón pidió en dos ocasiones al rey el envío de medios y dinero de forma urgente a Ibiza<sup>51</sup>. El problema de los suministros se había agravado aquel año, además, porque una vez llegada la armada de Francia a aquel puerto en junio, al venderles muchos bastimentos, se quedaron las vituallas de la isla bajo mínimos. Por ello, se acordó impedir el avituallamiento de la armada de Francia en aquel puerto, pues pensaba volver pronto desde Tolón, y para evitar las protestas se avisó en este sentido al embajador hispano en París, marqués de la Fuente, por si había quejas en el futuro, que pudiese alegar que no era un acto de hostilidad, sino de prevención para los habitantes de la isla. Se avisó, además, a Cerdeña y Valencia para ver si podían enviar bastimentos de forma urgente a Ibiza. Pero con poco fruto<sup>52</sup>.

La situación empeoró cuando se supo por el gobernador que al iniciarse la Segunda Guerra Anglo-Holandesa (1665-1667), los ingleses habían hecho liga con los corsarios argelinos y a menudo se veían en la isla barcos de ambas nacionalidades, cuando la guarnición se encontraba en una situación más que deplorable,

“porque aquellos pobres soldados que hay se hallan tan desfallecidos para hazer las centinelas, que continuamente son necesarias, porque están en cueros y muertos de hambre, que van pidiendo limosna por puertas, lo que jamás habían hecho, y que ha obligado a los predicadores de la Cuaresma encomendar les socorran con alguna limosna por no tener otro medio, ni remedio, si V. Magd. no es servido de mandar sean asistidos por alguna vía, pues agora no hay quien se halle con dinero para socorrerlos como se ha hecho otras veces tomándolo por empréstamo de algunos naturales, que [h]oy se les debe cantidades que con su orden les han dado...”<sup>53</sup>.

### 3. 1665: ¿IBIZA, UNA BASE DE FRANCIA?

En la primavera de 1665, el virrey de Mallorca, don Rodrigo de Borja i Llançol, había sabido por los pasajeros de una galera genovesa que venía de Marsella que los franceses hacían grandes prevenciones de guerra, habiendo salido de aquel puerto, incluso, una armada de navíos, y según su experiencia los franceses siempre iniciaban las campañas con pocos efectivos en el mar, pero luego los aumentaban muy

<sup>51</sup> ACA, CA, leg. 1.038, consultas del C.A., 6-IX y 14-XI-1664; gobernador de Ibiza al vice-canciller de Aragón, 6-VII-1664.

<sup>52</sup> ACA, CA, leg. 1.037, Gobernador de Ibiza al rey, 9-VI-1664; consulta del C.A., 11-VII-1664; consulta del Consejo de Estado remitida al de Aragón, 20-VII-1664.

<sup>53</sup> ACA, CA, leg. 1.037, consultas del C.A., 31-I y 17-III-1665.

deprisa; por ello, había prevenido al castellano de Mahón y gobernadores de Menorca e Ibiza para que le dijese qué necesitaban y, obviamente, para que estuviesen advertidos. De Ibiza no tenía noticias, pero por haber sido su gobernador tan recientemente sabía que faltaban arcabuces y mosquetes. Añadía que en la isla no había ninguna fortificación fuera de la Real Fuerza, y las necesitaba, especialmente

“...ocupar la eminencia de los molinos que predomina los baluartes de Santiago y de San Pedro, que a cosa de trescientos pasos del de San Pedro el terreno ha dispuesto una batería muy cubierta para el reparo de tales daños y que suplicó a V. Magd. entonces mandase enviar un ingeniero, y aunque V. Magd. lo ordenó así por dos veces, siempre se ofreció embarazo; que la plaza es de nueve baluartes y que necesita de mucha gente y tiene muy poca...”.

Pero como bien sabía Borja i Llançol el principal enemigo era la falta de trigo, por ello no sólo había podido enviar ochocientas cuarteras compradas a cambio de sal, sino que hacía lo propio con otras dos mil. El Consejo de Aragón aprobó sus desvelos, asegurando que el de Guerra debería proveer todo aquello que hiciese falta para poner en buena defensa no sólo Ibiza, sino las Baleares en general de la amenaza de la armada enemiga<sup>54</sup>.

Esta iba a estar muy presente los siguientes días. El gobernador Isidoro Sanz se quejó poco después de haber recibido noticias de encontrarse veintidós mil reales para la paga de la guarnición de Ibiza en Valencia y cuando envió por ellas se encontraron con una contra orden y el dinero no se les libró, creándose un gran malestar entre unos soldados tan mal asistidos y con tanto trabajo por entonces, vigilando los muchos navíos que se veían por entonces cerca de la isla. El Consejo de Aragón pidió que se les librase el dinero y que de las armas que se habían recogido en Zaragoza, el virrey de Aragón enviase las necesarias a la isla.

Las noticias se precipitaron a inicios de agosto, cuando cinco navíos de Francia ancoraron en Formentera, estando allá tres días, incorporándoseles dos galeotas y dos fragatas de moros, y al llegar otros cinco bajeles, éstas últimas naves se marcharon a otro puerto, oyéndose desde la plaza numerosos cañonazos; al día siguiente desaparecieron las naves corsarias, mientras los navíos de Francia tomaron el camino de la Península. También tres días más tarde, el día 8 de agosto, se avistaron a la altura del cuartón de Santa Eulària once galeras de Francia y quince bajeles con mucha infantería, algunos barcos de carga y fragatas con cuatro saetías cargadas de bastimentos. Ante las noticias de peste en Marsella y Tolón, no se les podía dar permiso para desembarcar, por ello se dividieron en dos escuadras y circunnavegaron la isla; hasta cinco galeras aparecieron frente a cala Vadella, mientras el resto se acercaban a la plaza, pidiendo una de las naves algún refresco, que se le dio en muy corta medida, por carecerse de vituallas. Obviamente, el gobernador recordaba la mala situación de la guarnición, falta de todo, y la enorme alarma que causaba tener a la vista una armada de aquel calibre. Además, se les había visto sondear el fondo de aquellos puertos, mientras unos ancoraban ante Santa Eulària para

---

<sup>54</sup> ACA, CA, leg. 1.037, consulta del C.A., 13-V-1665.

hacer aguada, y las cinco galeras tomaban fondo en la isla Conejera. El gobernador reiteró su deseo de poder contar con un sargento mayor que le ayudase en la tarea de vigilar mejor la isla, pues él debía permanecer en la fortificación principal y sólo tenía al veedor y dos reformados para poder dirigir cualquier acción militar, como evitar un desembarco en un puerto menor, fuera de la Real Fuerza. El Consejo de Aragón instó al rey a que se enviasen cuantos medios de guerra pedían en Ibiza y en Menorca<sup>55</sup>.

Pero el gobernador Sanz estaba tan preocupado que decidió enviar una persona a la corte a representar la mala situación en la que se hallaba la Real Fuerza. Se dio un memorial, impreso, que, dadas las circunstancias –había muerto entre tanto Felipe IV–, se dirigió a la reina gobernadora, Mariana de Austria. Porque, teniendo en cuenta lo ya explicado, aseguraba Sanz que cuando la armada de Francia ancoró frente a Santa Eulària con el pretexto de tomar agua, se saltaron las cauciones que habían ofrecido –pues había peste en la costa francesa desde Aix-en-Provence a Tolón y Marsella y por el interior hasta Aviñón, y ello era suficiente pretexto para impedir su desembarco–, y hasta dos mil hombres entraron en tierra,

“que luego se les conoció su intento, que era reconocer la isla y fortaleza que está en aquel cuartón y que deseaban acabar los víveres de la isla, no reparando en los precios, a fin de consumirlos...”.

Aseguraba Sanz que se les amonestó en varias ocasiones, hasta que se marcharon por propia voluntad al acabar las existencias de comida en la zona, saliendo del paraje hasta diez galeras y trece bajeles, que tomaron el rumbo de Argel. Pocos días después regresaron diez galeras y dos navíos que dieron fondo en el Espalmador, donde estuvieron algunos días, y el día de San Luis de Francia se acercaron a tierra y en una playa, la del Cargador de la sal, saltaron a la misma y celebraron la fiesta del santo, comprando algunos víveres, y aquella misma tarde entraron al puerto principal. Poco después se incorporaron otros tres navíos y, desde entonces, tomaron Ibiza como base de sus operaciones, yendo sus barcos a la costa hispana y hasta a Francia, trayendo y llevando noticias, permaneciendo en el puerto hasta el 13 de septiembre, saltando a tierra cada día un mínimo de seiscientos hombres, consumiendo todos los bastimentos que quisieron.

Por el contrario, según el gobernador, no sólo no pudo con cortesía y buenas maneras impedir el desembarco de esta gente, sino que tampoco pudo alimentar bien a sus soldados, muchos de los cuales habían acabado por morir de hambre y de fatiga, ante las continuas guardias, habiendo pedido préstamos y gastado lo que le quedaba de su hacienda para poder mantenerlos un poco mejor. Lo peor era el temor en que habían quedado los naturales, muy contentos cuando se marchó la armada enemiga el día 14 de septiembre, de que regresaría para terminar de agotar la isla.

---

<sup>55</sup> ACA, CA, leg. 1.037, consulta del C.A., 25-VI-1665; gobernador al rey, 9-VIII-1665; minuta del C.A., 19-IX-1665.

“La qual Armada se componía de diferentes Naciones y Religiones, y la mayor parte de Luteranos, y entre ellos pasaban de más de cuarenta títulos. Los desacatos y descomedimientos que han ejecutado en la isla pasé en silencio, por ser casi inauditos, y sin rebozo alguno han insinuado y declarado que presto han de tener por Francia la Isla de Iviza para el hazerse Señores del mar Mediterráneo y entrar con numeroso exércitos a España, con que cada día crecen los temores de la Real Plaza y Ciudadanos, particularmente que algunos con mucha dulzura de palabras instaron mucho que les dejasen entrar para reconocer el estado de la plaza, y dieron a entender el sentimiento de no haberla visto con palabras ásperas, que eran presagios de su supuesta intención. Y porque los labradores que viven esparcidos en los quartones por más penas que se les han puesto no les pudo reducir a que no vendiesen sus provisiones a los de la armada, antes con toda deliberación, olvidando las penas impuestas, y movidos del interés de la moneda de plata, ellos mismos por <es>calas y lugares más desiertos han llevado todo género de viandas a los franceses... Y [h]habiéndoles intimado que treinta o cuarenta de cada Quartón acudiesen a la plaza todas las noches, asistían de tan mala gana que dezían no les tocava por no ser soldados del sueldo, y se les ha omitido por su rudeza e ignorancias, y por conveniencia de las oportunidad del tiempo”.

Decía el gobernador Sanz que el peligro en que se hallaba la isla era notorio y necesitaba de todos los remedios que se enviasen, pues los soldados no podían sustentarse, pues no se les daba el pan de munición, sino que dependían de la paga, y ésta hacía dos años que el asentista no la enviaba. Habían muerto muchos, pero la solución no era enviarles soldados, incluso veteranos, si no tenía con qué mantenerlos. Además, muchas de las tropas expedidas lo eran “por presidio, que sirven malcontentos, como bisoños, y cuando están algo diestros acaban el tiempo”. Aseguraba que el arrabal de la Marina, con sólo sesenta hombres para protegerlo, estaba sin defensa alguna y las casas del entorno rural demasiado alejadas unas de otras para poder apoyarse en caso de peligro. Incluso jugó la baza Isidoro Sanz de alertar ante los peligros de un posible contagio luterano de la población ibicenca si los herejes regresaban a la isla. En definitiva, ante la posibilidad de apoderarse el enemigo de Ibiza, o en su defecto de Formentera, donde se podrían mantener mucho tiempo por no carecer de agua, leña y caza, demandó Isidoro Sanz hasta dieciséis mil reales de los medios que fueran y sin impedimento del procurador real de Mallorca, para aplicar inmediatamente a las defensas de la isla. Aseguraba el gobernador que tenía treinta hombres enfermos y que los otros cuarenta debían hacer todas las guardias.

El Consejo de Aragón, reunido los días 20 y 24 de octubre, estuvo de acuerdo en la gravedad de lo explicado y conminó a la reina regente, Mariana de Austria, a que se enviase el dinero de la dotación de la isla, permitiendo a I. Sanz que tomase los dieciséis mil reales sin impedimentos de ninguna clase, entendiendo que el dinero sería restituido a la Universidad y al Real Patrimonio cuando llegase la paga de las tropas. Asimismo, el virrey de Mallorca, Borja i Llançol, informado por Isidoro Sanz, explicó a los consejeros de Aragón cómo apenas habían entrado setenta hombres de los naturales cada noche a hacer las guardias en la plaza, junto con los escasos soldados, de manera que se podía esperar cualquier cosa dados los designios de los franceses, cuando habían incluso medido a palmos la muralla,



“y aunque no han entrado dentro en otra ocasión miraron los baluartes y artillería y saben todos los secretos, que siendo esto así y sabiéndose que el rey de Francia quiere ser tutor del Rey Nuestro Señor... y que dicen que desea mucho tomar aquella plaza porque le es muy importante para sus designios y por agradecerles mucho el país, quien dudara que a[h]ora que se han ido harán las prevenciones para invadirla y que volverán tan presto como pudieren. Que el gobernador está muy viejo e impedido y no sale de su aposento, con que no puede regir las armas, que el *jurat en cap* es un pagés que no tiene ánimo para nada, ni en la villa hay hombres a propósito; que no se hace prevención alguna ni hay quien gobierne las armas, ni soldados que las tomen y los pocos que hay están muertos de hambre, ni tienen víveres, ni pólvora, ni se trata de limpiar las murallas, aparejar la artillería, refinar la pólvora, ni otra prevención de guerra, cuando parece se debe temer muy apriesa la vuelta de los franceses a sitiar aquella isla”.

El Consejo de Aragón demandó que se enviasen algunos soldados experimentados, y la compañía de bandidos que entonces se aprestaba en Valencia para Orán que se desviase hacia Ibiza, “que tiene mayor riesgo, ...porque será muy a propósito para servir en aquella isla”, recordando que sin dinero para mantenerlos todos aquellos esfuerzos serían inútiles. Además, se recomendaba dar el relevo a un soldado de mucho crédito como Sanz, pero muy mayor para aquel cargo y en aquellas circunstancias.

Casi en las mismas fechas los jurados de Ibiza escribieron a Mariana de Austria haciéndose eco de los escritos del gobernador y suplicándole “...se sirva ampararnos, porque de otra manera tememos perecer todos en esta isla...”, tanto naturales como soldados, todos unidos en aquella Real Fuerza en el servicio a la Corona. También insistió el gobernador Sanz ante el rey en que se debía conceder algún dinero para la fortificación de la Marina, debiendo acudir a la Junta Patrimonial de Mallorca para que con la mayor brevedad se subsanase aquella falta.

El 30 de octubre el Consejo de Guerra se reunió para tratar sobre el presidio de Ibiza a instancias del virrey de Valencia, quien también, como el de Mallorca, había recibido carta del gobernador de la isla. Decía el Consejo de Guerra que en caso de conflicto con Francia, el enemigo podía en primer lugar intentar tomar Ibiza o Menorca, no sólo por su importancia, sino también por la facilidad para hacerlo, pues la demostración hecha ante Ibiza aquel año era más que elocuente. Como no se podía confiar en los naturales como defensores competentes de sus islas, el Consejo de Guerra pidió el envío de ciento cincuenta hombres a Ibiza con un dinero que podría salir del que tenía el virrey de Valencia preparado para realizar un tercio para el ejército de Extremadura y que, ante los problemas suscitados en su leva, había pensado destinar a la persecución de bandidos. Como dicho caudal ya estaba recaudado se podía emplear inmediatamente en dicho menester, y en el caso de sobrar algún dinero aplicarlo a la fortificación de la Marina o a la compra de bastimentos para la isla. Asimismo, daban el visto bueno a tomar los famosos dieciséis mil reales y aplicarlos a lo más urgentes. La reina regente ordenó el envío de un nuevo gobernador a la isla, ante las protestas de Isidoro Sanz, dolido por no considerarse inapropiado por su edad para mantenerse en el cargo (decía que sólo tenía sesenta años, cuando todos aseguraban que pasaba de los setenta).



También se acudió al virrey Aragón, pidiéndoselo armas, quien, en concreto, contestó que no tenía ni un real para poder pagar el transporte de aquellas armas para Ibiza, pues “V. Magd. sabe que de su patrimonio aquí no alcanzará aún a los gastos forzosos a que está aplicado y de presidios no [h]ay nada, ni en todo este año ha venido un real...”. En todas partes cocían habas, pero daba la sensación que en Ibiza no las había ni para poder aplicar el refrán. De hecho, en una de sus últimas cartas como gobernador, Isidoro Sanz pidió el envío de grano a Ibiza, pues el que había se terminaría presumiblemente para Navidad y ningún hombre de negocios se atrevía a prestar nada, ni había comercio. Se demandó al virrey de Cerdeña si podía remitir alguna cantidad de grano, pero éste respondió excusándose ante la imposibilidad de enviar algo de forma inmediata, si bien intentaría hallar la forma de cumplir con lo demandado<sup>56</sup>.

Pero, en realidad, la situación pudo ser más tensa aún de lo visto hasta ahora. Avisaba el virrey de Mallorca, don Rodrigo de Borja Llançol, antiguo gobernador de Ibiza, como vimos, que el teniente de procurador real, Magí Ribes, hubo de tomar tierra en Ibiza y le informó de un alboroto ocurrido el día 17 de noviembre en el cuartón de Santa Eulària. Al parecer, todo el suceso se debía a haber acusado el gobernador a los del cuartón de haber permitido a la armada francesa que tomó tierra en la desembocadura del río de Santa Eulària comprar una serie de carneros y otras vituallas, haciéndoles pagar una multa de cincuenta libras y, además, pagar otros derechos de la secretaría, siendo el resultado “...una gran revelación perdiendo la obediencia al señor gobernador...”. Los del cuartón enviaron a un soldado de caballería a decirle al gobernador que ni en el castillo estaba seguro, y éste salió con unos ministros y el verdugo a tratar la situación, cuando en el camino le pegó de bofetadas a la propietaria de una casa que no quiso decirle quien era un hombre que en aquellos instantes se marchaba de allá a la carera; tras aquello aumentó el alboroto diciendo “acuda el cuartón y muera el mal gobierno”. A la mañana siguiente ya había cuatrocientos hombres concentrados, sitiando al gobernador y sus acompañantes que se habían refugiado en el fuerte de Santa Eulària, pidiendo ayuda a los demás cuartones, pero sin éxito. A media mañana dieron un avance hasta estar a tiro de mosquete de la posición donde se hallaba el gobernador insultándole, pero sin llegar a más. Este decidió que cuatro personas que lo acompañaban, el propio Magí Ribes, y los notables ibicencos Vicente Arabí, L. Rimbau y L. Balansat, fuesen a parlamentar, pero se hubieron de retirar a uña de caballo pues pensaban que los mataban, tildándoles de traidores. Para entonces, tenían todos los caminos tomados y no dejaban pasar ningún mensaje del gobernador a los jurados de la Universidad. En vista de ello, el gobernador hubo de ceder y devolver al cuartón las multas impuestas. Magí Ribes terminaba su informe ponderando la mala situación en que

---

<sup>56</sup> ACA, CA, leg. 1.037, gobernador de Ibiza al rey, 12-14-IX-1665; virrey de Cataluña al vice-canciller de Aragón, 30-IX-1665; consultas del C.A., 20-24-X-1665; jurados de Ibiza a la reina gobernadora, 28-X-1665; gobernador al rey, 25-X-1665; consulta del Consejo de Guerra, 30-X-1665; memorial de Isidoro Sanz a la gobernadora, 3-XI-1665; consulta del C.A., 5-XI-1665; virrey de Aragón a la reina gobernadora, 8-XII-1665; reina gobernadora al virrey de Cerdeña, 30-XI-1665; virrey de Cerdeña a la reina gobernadora, 30-I-1666; gobernador de Ibiza a la reina gobernadora, 13-I-1666; virrey de Cataluña a la gobernadora, 20-II-1666.

se hallaba la isla y la necesidad para un puesto de tanta importancia de estar mejor controlado por la autoridad real<sup>57</sup>. Desde luego, después de aquel último año, el relevo de la gobernación de Ibiza estaba más que justificado.

## CONCLUSIONES

La Francia de Luis XIII y, sobre todo, Luis XIV consiguió desestabilizar a la Monarquía Hispánica en el transcurso del siglo XVII hasta tal punto que, como de todos es conocido, a partir de 1659 en la Paz de los Pirineos ésta última perdió definitivamente la hegemonía europea a manos de la monarquía del rey Cristianísimo. El uso por parte francesa de uno de sus instrumentos de guerra, incomprensiblemente el menos conocido hasta ahora, fue su Armada. La armada francesa del Mediterráneo actuó en contra de los intereses de su principal enemigo, la Monarquía Hispánica, en todo el litoral mediterráneo de ésta y, en concreto, en este trabajo nos hemos interesado por su presión ejercida sobre la plaza de Ibiza, un enclave que contaba con excelentes murallas construidas al estilo moderno en el siglo XVI, pero que careció en el transcurso del siglo XVII de la guarnición necesaria –y de los medios de guerra– para asegurar su defensa. Así, fue la armada francesa quien de verdad inquietaría a los sucesivos gobernadores de Ibiza pues de todos era sabido que, si el enemigo desembarcaba algunas tropas en número competente, la isla caería en sus manos.

Por otro lado, el corsarismo norteafricano nunca desapareció, siendo especialmente peligroso cuando conseguían hacer liga con los propios franceses, o bien con holandeses e ingleses que, como se ha visto, poco a poco se fueron interesando cada vez más por el Mediterráneo, o bien por causar problemas a la Monarquía Hispánica, o bien por intentar frenar el propio poderío galo cuando éste comenzó a dar señales de renovados vigos bélicos.

En todo caso, la documentación utilizada –siendo conscientes de la ausencia de investigación directa en los archivos de Ibiza, pero ampliamente suplida con la riqueza de la serie del Consejo de Aragón del Archivo de la Corona de Aragón, donde encontramos bien originales bien copia, o referencias, de las cartas enviadas y recibidas por el rey desde y hacia Ibiza, e idéntica realidad respecto a los gobernadores y los jurados de la isla, además de las reflexiones del Consejo de Aragón y de los de Guerra y Estado cuando era el caso, así como de los virreyes de los reinos de la Corona de Aragón sobre asuntos relacionados con las Pitiusas–, nos ha permitido comprobar ampliamente cómo al peligro foráneo se le sumaba el doméstico, en el sentido de que fueron las malas cosechas en algunas ocasiones, la mala gestión del comercio de la sal, principal riqueza de la isla, en otras, junto con la recurrente falta de recursos, económicos y humanos, de la Monarquía los factores que explican la dificultad para alcanzar una “buena” defensa de la isla y, de paso, nos ayudan a entender el, a menudo, histerismo con el que algunos gobernadores recla-

---

<sup>57</sup> ACA, CA, leg. 1.043, virrey de Mallorca al rey, 30-XI-1665.

maban ayuda al monarca. Así, se ha comprobado cómo, si bien los ibicencos y las mermada guarniciones de la isla podían en un momento dado hacer frente a la amenaza norteafricana, la posibilidad del envío de armadas de las Provincias Unidas en la década de 1620 y de armadas francesas desde 1635 en adelante fue una amenaza real que ensombreció la ya de por sí difícil tarea de los gobernadores de la Ibiza de Felipe IV.